

## CARTA PASTORAL NÚMERO 11

- Uno de los deseos de todo católico es visitar, algún día en su vida, la Tierra Santa, donde nació el cristianismo, y Roma, donde se propagó.
- Monseñor Builes comparte su experiencia maravillosa al recorrer los pasos del Fundador del cristianismo. A la vez cuenta cómo su alegría se vio eclipsada al volver a la realidad de Colombia y profetisa con dolor lo que estamos viviendo en la actualidad. Nubes negras, pobreza, destrucción y un país cada día más dividido política y religiosamente lo sumen en la desolación...

15 de noviembre de 1929

### ROMA, TIERRA SANTA, COLOMBIA

**Monseñor Miguel Ángel Builes**

Obispo de Santa Rosa de Osos

- I -

Es para nos un deber sagrado dirigir a nuestros muy amados diocesanos el más fervoroso saludo a nuestro regreso de Roma, a donde nos había llevado el deber; a nuestro regreso de Jerusalén, a donde nos había llevado el amor; de Roma la sede del Papa, vicario de Cristo en la tierra, y foco de luz indeficiente que irradia hacia todas las partes del mundo, envolviéndolo en divinos resplandores, y de Jerusalén, la ciudad querida de Jesús y fuente de vida que, vertiendo del Calvario, se desborda en torrentes rubicundos que empapan la tierra y la redimen.



Plácenos en el alma daros la bendición especialísima que os envía nuestro amantísimo Pontífice, padre tierno, en cuyo noble corazón arde la llama del amor y en cuyos labios florece la palabra de paz para los hombres y los pueblos de buena voluntad.

Plácenos, igualmente, expresaros la gratitud de que rebosa nuestro corazón para con vosotros, amados hijos nuestros, que con vuestras oraciones habéis hecho que estuviera nuestra ruta tan abierta y fuera nuestro viaje tan feliz a través de los mares sin fin hasta la vieja Europa, la Palestina y el Egipto, y desde allá otra vez hasta Colombia, nuestra patria amada. Al partir, hemos colocado vuestras almas en la nuestra y pudimos sentir bien vuestros latidos de modo que, ausente, estábamos sin embargo con vosotros, del mismo modo que vosotros nos teníais presente en vuestras plegarias. Sabemos bien cuánto orasteis por nos; pero no habéis sido mal correspondidos, pues diariamente, en el santo sacrificio de la misa, hemos tenido memoria de vosotros y os hemos recordado en los gloriosos sepulcros de los santos apóstoles Pedro y Pablo y los demás santuarios de la Ciudad Eterna; os hemos recordado en las catacumbas, galerías

gloriosas que arrullaron con gemidos la infancia de la Iglesia; os hemos recordado en Loreto, donde está la casita de nuestra dulce madre la Virgen santísima; en Asís, donde reposan las reliquias venerandas de san Francisco, tan amado en esta franciscana diócesis; en Padua, donde dijimos a san Antonio: "Tú, que encuentras las cosas perdidas, has que nos y los nuestros, mis amados diocesanos, hallemos la puerta bendita por donde se entra al cielo"; os hemos recordado en Lisieux, donde la más grande santa de los tiempos modernos, santa Teresita del Niño Jesús, dejó caer de sus manos blancas un copioso raudal de rosas para nos y para vosotros, para nuestros sacerdotes, nuestro Seminario de Misiones y nuestras futuras misioneras; os hemos recordado en Lourdes, donde la Reina inmaculada, la más dulce y más bella, con la sonrisa del cielo en los labios y con torrentes de amor en su pecho, rodeada de cirios y de corazones, escuchó nuestra plegaria en vuestro favor; os hemos recordado en Belén, en donde, en medio del silencio de la noche, nació Jesús, el deseado de las naciones, nuestro divino Redentor; en Nazaret, donde la Virgen madre y el Hijo de Dios y su padre putativo san José llevaron esa vida santa de familia, que estremecía los cielos y anonadaba los espíritus angélicos; os hemos recordado en el lago de Jesús, Tiberíades, donde tantas maravillas se realizaron, como la bonanza repentina en medio de horrenda tempestad, la pesca milagrosa, el paseo de Jesús y de san Pedro sobre las hondas convertidas en cristal; os hemos recordado en el Jordán, el río del bautismo de Jesús, el de las aguas azules y tranquilas; en el mar Muerto, el de las aguas de betún, oscuras y pesadas, rodeado de desiertos sombríos como montes funerarios, sin peces en su fondo, sin aves en su cielo, envuelto en el silencio milenario que siguió a aquel horrendo cataclismo que fue su origen, a causa de los pecados de las cinco ciudades criminales; os hemos recordado, sobre todo, en Jerusalén, donde se realizaron los grandes misterios de la pasión y la muerte de Jesús; en el Monte de Los Olivos, donde Jesús lloró sobre Jerusalén; en Getsemaní, donde, clavados de rodillas sobre la roca misma que recogió las lágrimas y el sudor de sangre de Jesús agonizante, oramos por vosotros; y desde el Pretorio, donde a los azotes siguió la sentencia de muerte; por la calle de la amargura siguiendo los pasos ensangrentados del Amado hasta la cima del Calvario, y de allí hasta el Santo Sepulcro, os recordamos para depositar, como en efecto colocamos con el nuestro, vuestro cristiano corazón, ¡oh amados hijos en el Señor! Y os recordarnos, en fin, en la cumbre del monte de La Ascensión, donde besamos conmovidos la huella de Jesús marcada en la roca y le suplicamos que tras Él nos fuéramos un día todos, sin excepción alguna, para gozar sin fin en el abrazo eterno del divino amor.

– II –

Pero ¡qué tristeza se ha apoderado de nuestra alma al regresar a nuestra patria y tocar con nuestras plantas el suelo querido de Colombia! Nubes negras, muy negras, se ciernen en su cielo antes diáfano y sereno. La escasez, la pobreza, la miseria, el malestar en las multitudes por la estrechez económica y, para colmo de males, la división cada vez más honda entre los que habían sido hasta hoy los guardianes del orden y los defensores de la libertad bien entendida. Y la alegría del regreso se ha turbado con la vista del presente en nuestra patria y la siniestra visión del porvenir. Días muy amargos nos esperan, si Dios no vuelve su mirada misericordiosa hacia nosotros.

No sabemos si por haber contemplado de un solo golpe al regresar lo que todos habéis visto desarrollarse lentamente, hemos sentido tanto pavor, y se han apoderado de nuestra alma episcopal tan horribles presentimientos de desgracias infinitas. "Un reino dividido será destruido", dice el Evangelio, y nuestro fin será el de México, o se repetirá la triste historia de los años de luto que vivió Colombia, no hace tantos años. Esa impresión de pavor, lejos de

disminuir desde el día de nuestro arribo hasta hoy, aumenta cada día, cada hora. Y nos parece ver otra vez salir desterrados y morir abandonados en ajenas playas los Riaños y Mosqueras, perseguidos de muerte los Montoyas, Arbeláez y González, y sentir en nuestras espaldas el chasquido del látigo que nos despedaza las carnes y oír el estridor de los grillos y cadenas en nuestras manos y sentir en nuestro pecho el puñal o la bala que asesinan; parécenos ver los templos convertidos en cuarteles y los conventos en mazmorras, y, como en triste procesión de golondrinas que se van a otras tierras, los religiosos y las vírgenes, ornato de la Iglesia y alegría del corazón cristiano, a partir para otros mundos, porque allí donde reinaba el orden se entronizó Satán. Y todo, por culpa de los católicos que se fraccionan y se despedazan, para que triunfe y reine sobre las ruinas el tradicional y encarnizado enemigo de Cristo y de su Iglesia.

¿Pesimismo diréis, amados hijos nuestros? No, no es pesimismo; es que la historia se repite y es una verdad incontrastable aquella que nos expresa el dicho de los antiguos paganos: *Quos vult perdere Jupiter dementat*, que, traducido al lenguaje cristiano, significa: "Dios entrega a su ceguedad a aquellos que quieren perderse". Y nosotros, como ciegos, como estultos, divididos, fraccionados, nos vamos al abismo, mientras el liberalismo y el comunismo, ayudados acaso por el dinero protestante, se ríen de nuestra insensatez y preparan en las sombras la ruina de la Iglesia y de la patria, azuzando a los unos y a los otros para acentuar la división y hacer más estruendoso nuestra caída y más irreparable nuestro desastre.

Un remedio nos queda, y es la oración. Pidamos al Dios de paz la concordia de los buenos y la unión de los corazones alrededor de la única bandera, la bandera de la verdad y del bien, la bandera de Cristo. Una reina tenemos muy buena y poderosa y muy querida de nuestras almas, María Inmaculada, nuestra ternísima Madre. Ella es la vencedora de todas las herejías y el vínculo sagrado de unión de todos sus caros hijos. Celébrese, pues, en todas las parroquias la novena de salves y sermones con todo el fervor posible, y clero y pueblo aúnense al pie del altar de la Virgen a pedirle el don precioso de la paz; y que en cada hogar, si ello se puede, se rece en común el rosario y la novena de la Inmaculada, Reina de la Paz, pidiéndole la tranquilidad del orden. Y que la antífona *Da pacem* y su respectivo versículo y oración, que se cantaba por México antes del *Tantum ergo*, se sigan cantando indefinidamente en todas las iglesias y capillas de nuestra Diócesis por la paz de Colombia, amenazada del comunismo que corrompe las masas, de la masonería que malea y desquicia los gobiernos y del protestantismo que quiere arrancar a todos la fe, para levantar su trono sobre los escombros de las naciones católicas.

Venerables sacerdotes: *Vos estis praesbyteri in populo Deil et ex vobis pendet anima illorum* ("Vosotros sois los presbíteros, es decir, los ancianos y guías en el pueblo de Dios, y de Vosotros depende su dicha"). Entre el vestíbulo y el altar, llorad, ministros del altísimo y, uniendo vuestra plegaria a la oración de vuestros fieles, aplacad al Señor para que detenga su brazo airado y lo vuelva contra nuestros enemigos, a fin de que reine Ella solo y siempre en nuestros corazones, en nuestras familias y en nuestra patria, y gocemos juntos un día de la eterna dicha.

La presente pastoral será leída en uno o dos domingos después de su recepción.

Dada en Santa Rosa, firmada por nos y sellada por nuestro secretario, a 15 de noviembre de 1929.

+ Miguel Ángel Builes  
Obispo de Santa Rosa de Osos